



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12780

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tr-s meses, 6 id.—Extran-
jero: Tres meses, 11'25 id.—La suscr pción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

VIERNES 17 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en m-tálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Loreite, rue Caumartin
16; J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Dirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballos 15

Manifestación, no mitin

El mitin anunciado por varios colegas para el domingo proximo, en el que se había de reafirmar, con el concurso de las autoridades civiles y representantes del comercio, la industria y sociedades, las aspiraciones de toda Cartagena relativas a que no se cierre el arsenal, ha quedado en proyecto. La reunión no se celebrará, por que uno día marchará a la corte la representación del municipio, la comisión de la maestranza, los representantes de varias sociedades y algunos comerciantes é industriales, cuyo concurso han pedido los obreros, obteniéndolo sin dificultad alguna.

La partida será en el correo de las tres y tres cuartos de la tarde y como de la gestión de los comisionados se esperan felices resultados, es seguro que cuantos se interesan en que los alcancen, irán á despedirlos.

Lo exige un deber de gratitud; lo impone la misma conveniencia; pero aunque se descartaran estos factores principales, quedaría el factor, al que por ningún motivo no debe faltar: la cortesía.

La maestranza no necesita que se le diga esto; ella sabe que debe despedir á los compañeros que se van, á los que buscando el bien de todos, dejan sus familias, toman sobre sí el penoso deber de desvelar errores y decir verdades, que pueden producirles rozamientos; y los despedirá concurriendo a la es-

lación para alentarlos con su presencia y agradecerles su sacrificio.

Los que no son obreros oficiales y laboran en los talleres de la industria privada; los que cuando piensan en que el arsenal puede cerrarse sienten el corazón lleno de pena y los que con motivo de esa medida radicalísima, que Dios quiere frustrarla, están seguros de recibir daño en sus intereses, también deben bajar á la estación á despedir á los comisionados. Porque, entendiéndose bien, los que el domingo marcharán á Madrid dejando las comodidades de sus casas y abandonando sus propios intereses, para ir de la ceca a la meca haciendo antesalas, pidiendo favores, gastando influencias y tal vez cosechando odiosidades, lo harán directamente en favor de la maestranza; pero al trabajar en beneficio de ésta, trabajarán también de un modo indirecto por el propietario, el tendero, el que fabrica el pan y por todos cuantos comerciando ó industriándose en cualquier negocio, habrían de sufrir de rechazo en sus capitales grandes ó modestos, el daño que supone restar á la circulación los miles de pesetas que representa mensualmente el trabajo del arsenal.

Y este no sería más que una parte del daño. Hay otro mayor. La que supone mil familias sin dinero, que no se han de quedar sin comer.

A nosotros no nos cabe duda que toda Cartagena acudirá el do-

mingo á despedir a los comisionados. Quien por deber, quien por gratitud, quien por conveniencia, afecto ó cortesía, todos acultran, porque el problema planteado tiene muchas nevruras y hay que darle a la comisión, de un modo ostensible, para que se vea, con la autoridad del número, toda la influencia de la población.

TIJERETAZOS

Comparece un periódico santiagués ante el alcalde de aquel Ayuntamiento y pregunta:

«Señor Alcalde: ¿Para cuando son los serenos? Preguntamos esto porque un día, unos señoritos...»

Lo que dirá el alcalde:
Precisamente porque los serenos están para la noche, no tienen que ver nada con esos señoritos.

Así se hacen las planchas.

En Matará se ha celebrado un mitin carlista, del cual dice un periódico barcelonés:

«Al terminar el mitin, un grupo de republicanos silbó, promoviéndose un pequeño desorden.»

Y muera quien no piense igual que pienso yo.

Cualquier día renunciemos á la mala costumbre de querer imponer nuestras ideas ejerciendo de pequeños tiranos.

Por supuesto, es nombre de la democracia... que se estaría riendo sin parar de nosotros si fuera azequible á la risa.

Dicen de Valencia:

«Esta tarde han celebrado un mitin los amigos del Sr. Soriano, y esta noche celebrarán otro los amigos del Sr. Blasco Ibañeta.»

Y á la madrugada habrá palos seguros, intercalados con alguna bofetada y varios tiros.

Esas cosas terminan siempre así.

Ahora resulta que las pérdidas de los beligerantes en el Extremo Oriente, desde que comenzó la campaña, no llegan á 10000 en cuanto á muertos.

¿Dónde están entonces las batallas tremendas, las carnicerías espantosas, las re-

SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA — CAMBIOS. — DESCUENTOS. —
VALORES PÚBLICOS. — CUENTAS CORRIENTES
CAJA DE AHORROS
Con 5 O/O de interés anual
Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

sistencias enpeñadísimas y los ataques tremebundos?

Como no sea en la imaginación de los corresponsales...

Eso sí, á creer lo que éstos dicen, no habría ya en la Mandchuria un japonés para un remedio ni un ruso para guarnecer á Port-Arthur.

Y en cuanto á maripos, se habrían agotado los de Rusia y Japón.

¿Qué manera de multiplicar!

LOS PECES CANTORES

El dicho francés «muet comme un poisson» (mudo como un pez), no es del todo extraño.

Cierto que la gran mayoría de los peces no tratan de competir con tenores de ópera, sin embargo, algunos hay capaces de producir sonidos con utilidad. Desde luego, no es muy conocida.

Prayer cuenta que una noche, hallándose en el Pontiniac, el mayor de los ríos de la costa occidental de Borneo, la tripulación oyó claramente una música, ora baja, ora elevada, ya lejana, ya próxima, salida de las profundidades del mar; parecía un canto de sirenas que tan pronto semejaba potentes órganos como armoniosa arpa ecólica.

Cuando se nada, se oye aquella música con mucha más claridad y se comprueba perfectamente que proviene de muchas voces distintas.

Aquella música, como declararon los indígenas, la producen los peces.

El mismo hecho había consignado ya Humboldt.

«Encontrándonos—dijo—en los mares del Sud, hacia las siete de la noche, toda la tripulación llegó á asustarse á causa de un ruido extraordinario, parecido al redoble de un banda de tambores, al aire libre.

Creyémos al pronto que lo producía un vendabal, pero se oyó en toda la extensión del buque, principalmente en la proa; parecíase al ruido de la ebullición del agua cuando estallan las burbujas.

Entonces se temió que se hubiese declarado una vía de agua; extendióse sucesivamente el ruido á todas las partes de la embarcación y, por fin, á las nuevas cosas por completo.

John White, teniente de la armada de los Estados Unidos, refiere que, hallándose en la embocadura del río de Cambodge, él y su tripulación quedaron pasmados de los ruidos extraordinarios que se dejaban oír alrededor de la nave.

Eran como una mezcla de bajos de órgano, vibraciones que la imaginación pudiera atribuir á un arpa enorme; con el estruendo parecía que temblase el buque.

Aquellos ruidos, acrecentándose, llegaron á formar un coro general por todo el largo y en ambos costados del buque.

A medida que la embarcación fué remontando el río, la gritaría disminuyó por completo.

El intérprete dijo que la producian multitud de peces de forma oval y aplastada que tienen la facultad de adherirse fuertemente por la boca á los diversos cuerpos.

Los pogonias ó tambores que habitan las costas atlánticas del Nuevo Mundo, dejan oír también gritos que con frecuencia se perciben á muy grandes distancias.

LOS DOS HERMANOS

301

LOS DOS HERMANOS

300

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 297

—No digo más que la verdad.

—¿Queréis que le mande llamar?

—No, no, mañana iré yo á verle; tengo necesidad de recogerme un poco; tanto que se me figura que voy á descubrir cosas graves que van á cambiar mi existencia.

—Como gustéis, puesto que en vuestra casa estais.

verdadero objeto de su viaje á Arrow; pero se figuraba que sería un amorcillo pasajero y estaba muy lejos de figurarse los detalles que acabamos de presentar al lector.

La cena fué espléndida, y cuando los asistentes se hubieron retirado á la habitación que les hizo el general, Ostroff le dijo de pronto.

—¿Sabéis mi querido general, en qué pienso?

—Ya veis que apenas es posible.

—¡Estoy seguro de que mi corazón no me engaña, y que aquí hay algo que debe hablarme de mi hermano.

—¿Por qué no hablar á Dietrich?

—Sería lo mejor sin duda. Pero, francamente os digo, que ese anciano me impone un respeto que no puedo explicarme, y...

—No os atrevéis á hablarle.

—Justamente. ¿No habéis reparado con que esta mañana me estuvo mirando luego que os hizo los honores de vuestro dominio?

—Efectivamente, parecía como que quería conocer á alguno.

—Es que yo me parezco de una manera muy notable á mi hermano, salvo el carácter, porque Miguel valía cien veces más que yo.

—Vaya, conde, no os hacéis justicia.

—Vuestro padre no os la dará, dijo el Czar; pero yo os ayudaré de la manera que sea posible.

Os daré licencia para casaros en secreto, con la que amais; os daré licencia que reservéis, del conde sobre todo, para no dar un mal rato, y bien se le puede agorar.

Ya se va haciendo viejo y achacoso, y cuando muera podreis presentar á vuestra esposa con el rango y con el carácter que le corresponde.

—V. M. me abruma con tanta bondad. ¿Cómo podría yo pagar tanto favor?

—Aun me reconozco deudor vuestro, conde; y lo dicho.

Con gran impaciencia esperó Miguel á que los caminos se pasasen prácticos para marchar á Arrow, donde María también le esperaba con anhelo. En cuanto la vió, la informó de todo lo que había ocurrido, y quedó convenido entre ambos que aquella misma noche iría al pabellón para hablar del asunto á Dietrich.

El anciano no tuvo nada que objetar en vista de la expresiva licencia del Czar y de la confesión de parte de su hija de que el conde había conseguido interesar su corazón.